RESEÑAS

Cesáreo Morales, *Fractales. Pensadores del Acontecimiento*, 2008, México, Siglo XXI editores, 128 p.

RECEPCIÓN: 13 de marzo de 2008.

ACEPTACIÓN: 27 de marzo de 2008.

*¿Qué pasa? El paso del pliegue de la ley
al despliegue de la violencia. Una invitación
a pensar el no paso y otras formas de humo.*

172

Uno quisiera pensar que hay deseo. El abismo entre lo que se tiene y lo que se espera. La espera que aguarda, sabe esperar porque es espera en la esperanza misma. ¿Qué espera? ¿Quién espera? Suponemos un hombre de la espera, una mujer que espera, un nosotros esperamos, que el deseo y sus formas encuentre respuesta. El eco de otra voz. El momento de un informe desglosado que surge del discurso. El discurso que da sentido. La caricia y el beso de los tiempos de paz. El orden dentro del Estado que hace posible la paz. Orden, Estado y paz. Una forma de orden donde los deseos de unos y otros son compatibles, ya sea porque unos deseos son la respuesta a otros deseos, o porque por medio de los otros, dentro del orden, el deseo encuentra el camino. Economía del dinero que permite la circulación de los bienes; economía especulativa que hace posible que la riqueza se multiplique. Representación política donde el poder del soberano hace del gobierno un medio para la felicidad. O una legislación que abre el espacio a soluciones como el empleo, el reparto de la riqueza, la distribución de los mínimos de justicia. O la justicia como el deseo que mediante el deseo de los otros encuentra el eco. Eco en la respuesta económica, política, jurídica, dentro del orden del Estado. De modo que parece que el poder soberano es el Uno del Estado que ordena para que el deseo del hombre se realice a través del deseo de los

otros hombres. Para que el deseo de la mujer se realice a través del deseo de otras mujeres. Para que el deseo encuentre salida gracias al deseo de los otros. Y los otros son todos lo que conviven en eso que se llama ‘tejido social’. Pero la serie “Estado, orden, paz, deseo” exige que haya alguien que ponga las condiciones para el deseo. El deseo necesita ser condicionado, vivir por medio, atravesado, por una serie de condiciones, pues, de otra forma, será un deseo insatisfecho. Y no hay nada más peligroso que la insatisfacción del deseo. Porque lo quiere todo, lo quiere ya, ahora, con voz perentoria de jefe, y la demanda de todo se encuentra con la demanda de todo de los otros deseos. Cuando todos demandan todo, el deseo tiene que luchar. Lucha, confrontación, vida o muerte, juego a dar la vida o dar la muerte, darse el tiempo de jugar a dar la vida o la muerte, entre deseos, pelea infernal. Origen del rompimiento del orden. Por eso las condiciones del deseo. Pedagógicas, racionales, prudentes. Indispensables condiciones del no paso donde la libertad tiene que frenar sus anhelos. Freno o detención. Desde afuera o desde adentro; por la voz propia de la convicción o desde la voz de la culpa que proviene de un censor externo. Policía, soldado. Aparato del control. Y así se educa, se orienta, aprende que no puede desearlo todo. Solamente una parte. Piensa que puede desearla como amiga mas no tomarla completamente, porque enfrente está el marido. Se atreve y la gana. Entonces debe comprometerse, responder, porque si la deja habrá consecuencias. Y más consecuencias si hay un hijo en medio, por en medio, desde el medio, de por medio. La ley se encarga de eso; de que los deseos condicionados sigan condicionados. Que nadie suponga que puede desear todo cuando sólo tiene derecho a desear una parte. Y si exige que la demanda del todo se cumpla, se despliegue el castigo que devuelva el deseo al recinto de su resignación. La ley que ordena desde el poder tiene que forjar sentido. Y el sentido de la ley es contener el deseo a replegarse respecto de otros deseos. La suma de los pliegues o repliegues es el orden. Y el tejido de ese orden dentro de la unidad, UNA, del estado, es lo político. Por lo tanto, si la serie “Estado, orden, paz, deseo” se encuentra con la sanción de ley, entonces lo político hace su aparición fastuosa. Será el encargado de ordenar los deseos. De arriba abajo y desde el ámbito del poder. El poderoso será legislador, hacedor de leyes. El poderoso tendrá en sus manos el control soberano de ordenar al desquiciado pueblo que solamente conoce sus deseos y demanda todo. El pueblo vil, zafio, ignorante. El pueblo libertario de los egoísmos sin tacha. El pueblo soberano tiene que delegar su soberanía en el poder legislador que ordena los desmanes del pueblo mismo. Por lo tanto, la soberanía

RESEÑAS

del pueblo es resignada a favor de un legislador soberano que contiene los excesos del pueblo. Pero ¿puede el soberano hacer lo que quiera? ¿se puede exceder en el ejercicio del mando absolutamente? ¿lo puede hacer con todo derecho? Derecho, ley, soberano y poder. No son lo mismo, pero casi. Porque el soberano se vale de la ley para ejercer el poder en 'nombre de'. Y en ese nombre es un *pater*, un padre, un rey, que tiene todo derecho a castigar los excesos. Quizá con la excepción de sus propios excesos; sin embargo, la ley contempla los excesos del soberano. De modo que el propio soberano tendrá que usar la ley para castigarse a sí mismo; ordenarse dentro del orden que impone a los demás. Y eso lo convierte en uno más, como los demás. Entonces tenemos un grave problema: ya no es soberano el que monopoliza el uso de la ley y de la fuerza, pues él mismo es esclavo de la ley. Lo que significa que el poder es poder de la ley. Pero esa ley se transgrede desde el momento en que ella misma es un peso que ordena desde el poder del soberano. La ley es por sí misma soberana; pero no puede ella misma castigar a los que desobedecen. Es necesario que haya legisladores, magistrados, jueces, policías, soldados. Otro al lado. Un vigía que haga las leyes y haga cumplir las leyes. Lo que desplaza de nuevo el poder de la ley al que la gesta; y al que la hace valer. ¿Es el soberano otra vez? La ley tiene problemas. Pues los deseos no aprenden, desaprenden. Tal vez siguen a pie juntillas su naturaleza. Y son contenidos por la fuerza de la ley. Pero en cuanto hay una oportunidad vuelven a desear todo, a confrontar otros deseos, a provocar una guerra. Y el peso de la ley se convierte en represión desde el poder. Hoguera, humo de los quemados, golpeados, encerrados, muertos por la bomba que ordena a balazos que el deseo se repliegue de nuevo. La represión reordena. Y si el proceso de la represión fracasa entonces puede ser que el pueblo haga una revuelta. Vuelta a otro orden; cambio de leyes; nueva constitución. Otro estado y un nuevo orden. Donde otra vez habrá que gobernar en nombre del pueblo conteniendo los deseos. Pues la esencia del poder, en tanto poder que se sostiene, es preservar, mientras puede, el orden mediante el peso de la ley. Que no es otra cosa que hacer que el deseo se contenga. Pero es claro que los pliegues replegados tienen que volver a desplegarse. Otra vez como desmanes. De nuevo como excesos. De nuevo como amagos que son indicios. Señales, huellas. Pistas que indican que el soberano pierde poder y es momento de reforzar los controles. La dialéctica es aparentemente sencilla. Soberano, ley, fuerza, orden. Exceso la trama del deseo, desorden. Represión y restauración del soberano, la ley, la fuerza y el orden. No importa si lo que se instaura es un nuevo orden donde la constitución incluye nuevas

leyes. Y sobre todo, si el soberano queda sujeto a la ley; el legislador hace leyes que debe cumplir; y la ley formal queda por encima de todos. Al final, es tan frágil la ley que puede el pueblo soberano recobrar violentamente el derecho de hacer pensar en constituyentes renovados. Por eso, cenizas, despojos, de nuevo huellas del poder que dejan de ser poder de fortaleza y se convierte en fortaleza del poder que resiste. Resiste hasta que la convulsión lo fragiliza. Frágil el poder como frágil la vida. ¿No acaso el poder debe velar por ese orden que hace posible la vida? Si es poder de ley entonces debe estar al servicio del cuidado de la vida. No de la muerte. El poder desde el Estado no puede ordenar los deseos para que se desate la muerte. Toda forma de muerte. Si hay hambre, el poder falla. Si la pobreza se multiplica, el poder falla. Si la violencia asalta en las calles, el agua se agota, el planeta se calienta, los criminales se desplazan normalmente, la gente vive con temor, el poder falla rajado por un temblor que acusa su gran fragilidad. Por eso la pregunta que ahora se plantea es, ¿qué hacer con la vida? La lógica del no paso exige que ordenemos los deseos y las libertades de forma que haya un contrato. La vía del contrato puede comenzar por el respeto a la ley mediante el reconocimiento de que somos racionales, y, por eso mismo, libres, sujetos y ciudadanos (Kant) en busca de la paz sin más. O requiere de la historia y el despliegue de sus contenidos en la memoria para que advenga el Estado donde todos se reconocen en la universalidad de la ley, hacen lo que deben, y actúan bajo un sentido corresponsable donde el nosotros es un yo y el yo es un nosotros (Hegel). El primer camino supone que somos racionales. Por lo mismo, que somos capaces de aceptar la máxima de obrar de tal modo que la libertad del individuo sea compatible con la libertad de los demás individuos de acuerdo al mandato de una ley universal que prohíbe a cada uno de los individuos ejercer la libertad a costa de la libertad de los otros individuos. Lo que significa que el peso racional de la ley es que los sujetos racionales acatan el mandato universal de tratar al prójimo como un fin y no como un medio para el ejercicio de sus libertades individuales. Y eso los constituye en ciudadanos de un contrato social. Sin embargo, el peso de la ley parte del supuesto formal de que la razón práctica es posible. De que los deseos pueden aprender a someterse al mando universal de la ley; y que el orden no se rompe nunca. Sin embargo, las leyes se violan. Es necesario que haya un dispositivo que sancione las violaciones, y devuelva a los libres al comportamiento ciudadano. Lo que significa que el contrato es vulnerado una y otra vez. Entonces no somos tan racionales: o el discurso kantiano de una racionalidad práctica se encuentra con la política como

RESEÑAS

necesidad de contener el deseo natural de romper con la ley. En cuyo caso, el contrato se hace y deshace. Y basta pensar eso para admitir que no somos del todo racionales. La ley kantiana se convierte en ley jurídica desde el momento en que el poder de su peso requiere de la fuerza de alguien para que el marco de las obediencias se despliegue. Porque si se repliega de nuevo, entonces lo jurídico pierde sentido. Desde fuera de la razón hay un poder de imponer la ley por la validez universal propia de la ley. Pero —se insiste—, si se tiene que hacer obedecer es porque el peso de la ley no basta. La fuente del derecho descansa en la desobediencia posible de los hombres. Así, la idea de una libertad sometida a la universalidad de la ley se reduce al reconocimiento formal de la ley y su peso. Pero no al conocimiento material de la desobediencia constante de lo formalmente correcto. Posiblemente se requiere de la historia para alcanzar el grado perfecto de un estado ordenado. De un Estado donde sea posible que los deseos del yo concuerden con los deseos de los otros. El Estado que brota al fin, al margen, al filo de la navaja en que la historia debe ser narrada porque la bruma anuncia que el calvario ha terminado; arribo al Estado que solamente puede renovarse una y otra vez. Sin embargo, si debe renovarse una y otra vez, ¿eso quiere decir que la dialéctica del proceso debe volver de nuevo? La negatividad permite superar la forma monolítica de los estados provisionales. La negatividad permite el movimiento que se narra, relata, como despliegue de las formas, culturas, modos, sistemas, leyes, que marchan en pos del Estado donde vive el que narra. Despliegue que se convierte en discurso que repliega. Porque o bien alcanza la verdad como certeza y deja de moverse (fin de la historia), o tiene que seguirse moviendo, negarse de nuevo, a la espera de otro relato que describa el nuevo proceso que busca un nuevo Estado, eternamente (apertura sin fin de la búsqueda). En el primer caso, el Estado al que se llega marca el fin de lo que se busca, se vuelve autoinmune y se destruye a sí mismo. Como la muerte. Cuando por fin sabe algo de la vida, pierde la vida. Y si la pierde, entonces qué sentido tiene haber buscado el sentido. Por otro lado, si se rompe el Estado para reiniciar el proceso de búsqueda, entonces nunca se alcanza el momento en que el yo se reconoce en el nosotros. El momento feliz en que todos se comportan de acuerdo a la ley ocupando el lugar que les corresponde, al soberano, a los legisladores, a los ciudadanos, a los trabajadores, a los que defienden el Estado de otros Estados. Pues la consolidación de la unidad del Estado requiere de la guerra contra otro Estado para que la unidad se sostenga. Y si pierde esa guerra, entonces se pierde la unidad del Estado. Y hay que organizar de nuevo la dialéctica en pos de la

constitución de un nuevo Estado. Se posterga el despliegue en calidad de despliegue replegado condenado a desplegarse sin fin. Hegel tampoco llena nuestras expectativas. La fuerza de la ley y el proceso de la historia conducen a un Estado que busca hacer de la ley la ley de todos. Y al romperse, condena a la violencia, el hambre, la pobreza, la guerra larga, el despojo de los recursos, a la mayoría de los habitantes del planeta. En el instante presente de la *World Wide Web* se viven cohetes teledirigidos, radares inteligentes, mundos virtuales, movimientos financieros, cuyo despliegue es alarde de ricos en un mundo donde se globaliza la miseria migrante de miles de millones de seres humanos que quedan fuera del Estado, de todo Estado, excluidos en el *Shibboleth* del no paso, de los que no pasan, y condenan a preguntarse por la dualidad de vida y muerte, locura y razón, sentido y sin sentido, en el contexto de una vida en riesgo donde el afuera se expresa como totalidad violenta del mal radical, pulsión cánica que recorre como espectro al mundo. Y las promesas de la democracia se cifran en el porvenir; pero, por ahora, al menos no aquí. Aunque hay otra posibilidad de reconciliación. De conciliación si confesamos el pecado y logramos una conversión. La *conversio* agustiniana como camino que lleva a Dios, a la Ciudad de Dios, a la posible ciudad donde los pecados perdonados permitan que prevalezca la vida. Empero, eso tampoco funciona porque el pecado mismo es guerra, destrucción, origen de todos los males que acaban con el orden de un Estado que orienta el poder al servicio de la vida. Pecado del hombre y su naturaleza. Pecado inexorable, inevitable. Pecado que siempre comete el hombre según su naturaleza. Y por eso mismo, renovación del mal en medio del arrepentimiento. Si no fuera así, si fuera posible la conversión universal de todos los hombres, el sentido redentor del Cristo estaría en crisis. Por eso, el mal de la política y la política del mal nos devuelve, aun en San Agustín, a pensar la ciudad como un orden ideal. Un orden que se tiene que escindir en las cenizas porque la vida debe confesar para advenir digna de la Vida en Dios, cuya es la dimensión más allá del ámbito desordenado de la vida en la ciudad de los deseos. La fuerza hobbesiana del castigo invita a pensar al animal, al animal duro, brutalísimo. La pulsión animal que descompone lo humano del hombre. Sacrifica al otro y da la muerte. Tiene que sacrificar lo que más quiere para no morir. O de pronto se humaniza en el reconocimiento de que todo profeta debe morir para que la vida siga el curso de construcción y de construcción del paso al no paso. La lógica del no paso nos recuerda que los mudos, los sin voz, los desposeídos en quienes reside la razón verdadera, tienen que enfrentar el poder siniestro del pensamiento tele-tecno-comuni-

RESEÑAS

cativo de una vida virtual donde lo que está en juego es la vida misma, el *bíos* de la política, y donde hoy por hoy lo que se juega en el poder es el no poder limitar el abuso de ese poder, que pone en jaque la posibilidad de la vida misma. Nos hace pensar Cesáreo Morales en este hermoso libro.

JOSÉ MANUEL OROZCO GARIBAY

Departamento Académico de

Estudios Generales, ITAM